



Ricardo Baquero, Gabriela Diker y Graciela Frigerio (comps.). *Las formas de lo escolar*. Del Estante Editorial, Buenos Aires, 2007, 340 págs.

Hablar sobre la escuela no resulta novedoso. En cualquier estante de una librería o biblioteca encontramos títulos actuales que abordan esta temática desde planteamientos más o menos alarmistas. Como denominador común a todos ellos encontramos argumentos con los que se la juzga como responsable de los bajos niveles de adquisición de competencias básicas de los escolares, de la falta de atención para el desarrollo de los diferentes programas de educación ciudadana, etc. Y, por supuesto, se la achaca de estar anclada en el pasado. No hay duda de que algunas de estas razones son ciertas. Ahora bien, como se señala desde diversas instancias educativas, no podemos generalizar estos argumentos, ni podemos tachar a esta institución de ser la causa de muchas de las contradicciones sociales en las que estamos inmersos. Con esta intención de recuperar el lugar de la escuela se desarrolla esta obra, en la que evidencia que la escuela «[...] ha quedado descolocada, ya que se le pide que haga algo que no puede: llevar a cabo propuestas pedagógicas basadas en la diversidad y no en la homogeneización. Ante este diagnóstico, se abren entonces dos opciones: o planteamos su caducidad histórica y aceptamos que ha llegado finalmente su ya tan anunciada muerte, o nos proponemos revisar el papel que las propuesta homogeneizadoras pueden ocupar en la construcción de sociedades más justas. De esta decisión depende el futuro de la escuela [...]» (p. 43).

La obra es valiente, diferente, sabe plantear la problemática escolar abordando sus zonas oscuras, que las tiene, pero enfocándolas hacia un futuro posible en el que vuelva a retomar plenamente todas sus posibilidades educadoras. Por otro lado, no resulta sencillo redactar una recensión de este libro, ya que, con la intención de abordar diferentes perspectivas posibilitadores y liberadoras de lo escolar, han sabido reunir 18 voces diferentes, todas ellas valiosas, a partir de las cuales se presentan visiones distintas de la escuela que permiten afrontarla desde otra perspectiva que ayuda, de una vez, a introducir lo escolar en el nuevo milenio que estamos viviendo. En esta línea, encontramos una idea constante que atraviesa todas sus páginas: la forma escolar debe ser

reinventada, sin perder aquellos elementos, llamémoslos tradicionales, que deben ser conservados.

La escuela es un lugar y un tiempo, pero cada una de estas coordenadas ya no presentan el mismo significado que antaño. Lugar y tiempo se han diversificado, se han roto, han dado lugar a diferentes escenarios educativos y a distintos tiempos en los que «sucede» educación. Por ello, estos centros deberán abrirse al entorno en el que están enclavados, lo que va a suponerles cambios en la organización, cambios en los tiempos, cambios en los currículos, cambios en su arquitectura, etc. Innovaciones en las que los protagonistas de estos escenarios puedan encontrarse para interactuar entre sí y lograr, de forma real, formación, y esto solo se consigue si se adecuan esos espacios y tiempos para el encuentro. Walter Benjamín señalaba que la tragedia de la escuela está en que maestros y alumnos pasan unos al lado de los otros sin verse, de ahí la absoluta necesidad de «trabajar en torno a esta dialéctica de configuración de la escuela como institución social (que) nos ofrece la oportunidad de trascender el pensar lo escolar desde sí mismo para ponerlo en relación con el trabajo de reinención cotidiana a que lo someten sus actores confrontados con los problemas, necesidades y demandas de los niños y adolescentes en distintos espacios geográficos y sociales» (p. 137).

Por otro lado, en la escuela se están reclamando, poco a poco, la introducción de nuevas figuras en ese escenario pedagógico. Ya no es un espacio exclusivo de los docentes, sino que, entendido como un espacio abierto, deberán coordinarse la acción educadora de diversos agentes generando una construcción de la realidad desde visiones compartidas, no tanto porque todos estén actuando dentro de las aulas, sino porque las paredes de la escuela ya no son compactas. En esta apertura, el rol del docente continua siendo clave, pero añadiendo a esta función un elemento esencial que es su mejora a través de la investigación acción. Ahora, somos conscientes que «los que enseñan hoy, en buena medida, han sufrido y presenciado transformaciones en todos los campos de la vida colectiva e individual, pero no siempre han podido pensar en la naturaleza y efecto de esos cambios, y conservan en su cabeza representaciones del otro conocimiento de la relación pedagógica que no podría ser de otra forma [...]» (p. 312).

En suma, ¿seremos capaces de imaginar otros posibles? ¿seremos capaces de intentar llevarlos a la práctica? Estas son, en definitiva, las claves de esta obra en la que se intenta acercar el discurso pedagógico

a la práctica educacional, aportando reflexiones y experiencias que no dejarán indiferente al que se acerque a ellas. Y que invitará a la lectura y relectura de unas propuestas en las que han logrado tensar los límites de la escuela y en los que no se pretende lograr acuerdos, sino abrir el debate para nuevas propuestas.

*Marta Ruiz Corbella*